

## MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA \*

1875 - 1924

### I

Murió María Eugenia Vaz Ferreira sin haber dado en libro sus versos. Todos sus amigos se hacían lengua para elogiarlos; pero tal vez sólo muy pocos los conocían bien. Hubo un tiempo, que no fue el de su mejor producción, en que ella recitaba siempre, en fiestas y reuniones sociales, sus poesías. Pronto fue así una celebridad; todos las agasajaban y aplaudían. Ella era inquieta y caprichosa; revolvía los salones del gran mundo con la tempestad de sus risas; contestaba a carcajadas las tonterías del buen tono. Desde muy joven debió sentirse oprimida en el trato ceremonioso de la gente seria; no podía decidirse a vivir en el respeto de la corrección frívola; era, por otra parte, demasiado noble y sincera para someterse al acatamiento de apariencias que despreciaba.

Tengo bien presente, como una cosa de ayer, su primera aparición de gracia ante mis ojos infantiles. Yo la conocía únicamente de nombre y fama. Ella era ya la señorita halagada y consentida que todos en la calle miraban con simpatía y curiosidad. Una tarde, al anochecer, me crucé en la ciudad con ella; me acompa-

---

\* Texto publicado en el libro *Motivo de crítica*. Montevideo, Palacio del Libro, 1929.

ñaba una persona de su relación, que la detuvo. Ella era muy joven; estaba contenta; acababa de realizar una hazaña inocente, y la contó riéndose, como siempre se reía, con toda su alma jubilosa, con todo su ser feliz. Había llegado sola en tranvía a las afueras de Montevideo; había descendido sola del tranvía, ante un grupo de gentes severas; y en medio de la calzada, sola, imperturbable frente a la estupefacción de todos, había esperado y tomado, sola, para regresar, el primer tren que volvía al centro. Había sido como la travesura de una colegiala que se aburre en la austeridad monótona de la clase pesada y la rompe con el grito de su fatiga rebelde a la disciplina. — «¡Vengo de *épater le bourgeois!*» nos dijo triunfalmente. Toda María Eugenia Vaz Ferreira está en esa anécdota. Ella fue siempre la mujer que no se aviene con la rigidez inútil. En un mundo en que todos se defienden escondiéndose, ella se mostró siempre cual era, natural, alegre, expansiva, rebelde, turbulenta. Tuvo la superioridad de la franqueza. Entre mujeres que hacen del artificio una coquetería, ella, que fue mujer de alma grande, tuvo la coquetería de mostrarse abierta de corazón, con el encanto supremo de una personalidad original y fuerte. Pareció rara. Las señoras graves fruncían ante ella el entrecejo mientras los hombres y las niñas la rodeaban con aplauso y con mimo. A todos seducía su gracia, a todos imponía la rectitud de su espíritu. Para los más fue la poetisa, la literata, ella que tal vez sólo hubiera querido ser, en toda la plenitud de su alma sincera, la mujer de gran corazón y gran inteligencia que asomaba entre sus risas.

Era en aquellos años muy superior a su obra de entonces, insegura y sin carácter propio. No sé encontrar en ésta ni una sombra siquiera del encanto singular

que tenía su persona. Me parecería una traición a su memoria decir que prefiero las contadísimas composiciones que de ella corrían dispersas por diarios y revistas, a sus charlas tan amenas siempre y tan locas a ratos. Era un deleite continuo oírle conversar en la confianza amistosa que ella concedía con su natural desenfado. No hay que buscarla en sus primeros versos: no está allí; nada tienen de ella, ni su desaprensiva espontaneidad, ni su alegría borbollante, ni los chispazos de su ingenio, ni aquella dejadez sentimental y romántica tan suya, tan característica.

Tal vez su juventud, sino enteramente feliz, fue demasiado aturrida y bulliciosa para que ella misma se conociera bien. Tal vez se prodigaba en sueños y esperanzas fáciles, y por eso mismo abandonaba su pensamiento a cosas ligeras. Entre sus composiciones viejas, la que más se le parece, aunque no valga mucho, es el *Monólogo* de sus dieciocho años, recitado en el Club Católico. Habla de ella y tiene a lo menos su gracia burlona.

Se le han pedido versos; con la coquetería inocente y al mismo tiempo traviesa de su contento, declara que no sabe encontrar un tema sentido; porque ni conoce el amor, ni la patria la inspira, ni está nunca triste, ni ha sufrido ningún desengaño. Su madre, por lo demás, la reprime el día entero para que se deje de poesía; pues se quedará soltera con sus aires de literata y será como sus tías, y esto la asusta. ¿Acaso no es verdad que se prefiere, a una poetisa, la niña hacendosa y seria que sabe recortar bien los puños deshilachados de una camisa? Sin embargo, ella piensa que todo puede conformarse y que está el secreto de ello en aligerar con la poesía la horrible prosa de la vida. ¿No se hace más llevadero un zurcido recitando estro-

fas de Byron, Lamartine o Musset? Se dice que los ideales trastornan las cabezas; pero ella no vacila entre una pobre dicha realizable y la esperanza encantadora de una gran ventura que no llega nunca. Ella es completamente feliz cuando se repite incansablemente sus propios versos. Juzgue el auditorio su caso: silben los que estén contra ella, y los que la aprueban griten ¡Bravo! y aplaudan mucho. ¿Cómo no aplaudir, con la más cordial simpatía, esa ingeniosa ocurrencia? No necesitaba ella solicitar aprobaciones. De todos fue siempre afectuosamente acogida y exaltada con vivo entusiasmo.

Es posible que este mismo favor unánime que se le dispensaba haya al fin redundado en perjuicio de ella y de su obra. El debió detenerla, a falta de un estímulo más exigente, en producciones mediocres, sin hondura ni grandeza. Se ha dicho que la aparición de una rival, Delmira De Agustini, la arrancó a su abandono: Carlos Vaz Ferreira, que puede estar mejor informado que toda otra persona sobre cuanto concierne a su hermana, señala una influencia diferente, la del poeta Armando Vasseur. Delmira De Agustini, pasional y atrevida, pudo ser un simple motivo de emulación eficaz; Armando Vasseur fue para ella un espíritu fascinante. Era altivo, rebelde, orgulloso; se cantaba a sí mismo y llamaba «augural» a su poesía. Llegó con el tiempo a decir que Eduardo Marquina seguía sus huellas en las *Canciones del Momento*. Sin duda alguna María Eugenia Vaz Ferreira se exageró los méritos del poeta. Era hinchado, insubstancial, palabrero; ella lo vio agrandado en su imaginación, formidable y genial, y como por contagio se sintió ella misma acrecida y transfigurada.

Era fatal que una criatura de talento y corazón

inquietos como ella acabase al fin por desconcertarse de la gente frívola y vana. Había parecido siempre algo rara; poco a poco fue marcándose más su indiferencia, su originalidad. Paulatinamente se retrajo a una vida más propia, y concluyó por mostrarse desdeñosa de las consideraciones sociales, como una bohemía, desarreglada en el vestido con el aire del más completo abandono de su persona. Conservó, sin embargo, casi hasta el fin, su figura soberana: el rostro amplio y atezado, con la frente enérgica, de fuerte mandíbula y boca de labios gruesos pronta a la risa fácil y cordial; con los ojos verde oscuros, en la distracción vagos y lánguidos, como dormidos en sueño lejano, y lucientes como ascuas vivas en la impresión rápida, bajo la maraña, con reflejos cobrizos, de su pelo casi negro; el cuerpo grande, que pudo ser el de una diosa, y que fue, no más, la caja de su corazón impetuoso y el soporte de su cabeza soberbia; el brazo y la mano inquietos en ágil ademán de nerviosidad repentina.

Un buen día le dieron la cátedra de literatura en la Universidad de Mujeres y la hicieron secretaria de ésta. La secretaria, por su personal temperamento desacomodado y quizás por cierta falta de miramientos y condescendencia entre sus compañeras de trabajo, le valió amargos disgustos y a la larga un malestar permanente, agravado luego con la idea de ser malquerida y hostigada. Fuera de las oficinas bromeaba en grande con sus tareas burocráticas. Una vez me confesó que los gerundios la tenían hastiada: todas sus notas ineludiblemente comenzaban con alguno: «Debiendo...» «Habiendo...» «Siendo...» «Estando...» La costumbre era más fuerte que ella, y no podía evitarlos. — «¿Vd. qué haría?» — me preguntó. — «No

emplear jamás uno solo, ni al principio, ni al medio, ni al fin», — le contesté. Pasó algún tiempo sin que nos viésemos; en nuestro primer encuentro me dijo después, muy satisfecha, que había escrito una nota sin el cargoso gerundio inicial. — «¿Cómo empezaba?» — le pregunté, y me contestó: «No siendo...» — Pensé que chanceaba; pero hablaba en serio.

El profesorado, que a tantos hace odiosos, le conquistó a ella las mayores simpatías de parte de sus alumnas; todas la idolatrarón. Ella fue la única en reírse de su magisterio. Lo ejerció con absoluta libertad; nada sabía de cursos ni pedagogías; pero realizó espontáneamente, sin norma ni propósito definido, el ideal de la mejor enseñanza: fue en las aulas un fermento, un estímulo activo de la juventud femenina; en cada uno de sus gestos dio a sus discípulas una lección de vida propia. Todo la aburría o la maravillaba en los textos de estudio. Durante mucho tiempo, encantada y burlona, preguntó a sus amigos si sabían qué es la polipote: ella acababa de descubrirlo y sonreía con sorpresa del nombre ignorado para la cosa archiconocida. La oí interrogar en exámenes de tercer año de bachillerato, a una niña de catorce o quince años cubierta de cintas y flores artificiales, sobre las diferencias del escepticismo (sic) en Manrique, Larra y Bécquer. Ante la pregunta, la examinanda y yo quedamos estupefactos, ella de boca cerrada y yo de boca abierta. María Eugenia Vaz Ferreira, imperturbable, pasó a otro tema con la tranquilidad segura de quien sigue su habitual camino. Así era ella, desconcertante y naturalísima.

Tuvo, por enfermedad, que separarse de los cargos que desempeñaba. Se dice que sufrió moralmente mucho: vivía desasosegada, sola y triste.

Había resuelto finalmente publicar sus versos en libro. Todos sus amigos siempre le reclamaron como un deber que así lo hiciera. Yo mismo fui uno de los tantos que, menos allegados a ella, la instaron a que de una buena vez realizara ese proyecto indefinidamente postergado en una eterna espera inacabable. El laborioso librero Manuel Pérez y Curis me había solicitado alguna obra para editar; yo lo dirigí a María Eugenia Vaz Ferreira; sé que hablaron durante meses del asunto y que desde las primeras palabras estuvieron de acuerdo en hacer la publicación de la obra tan deseada. Ella, según afirmaba, tenía ya recogidas en cuaderno sus composiciones seleccionadas; él no hacía más que pedir las y esperarlas; pero, a pesar de esto, no se imprimió el libro entonces. Transcurrieron todavía muchos años. La muerte dejó interrumpida la corrección de pruebas de imprenta que María Eugenia Vaz Ferreira estaba haciendo en sus poesías destinadas a aparecer en libro. Su hermano debió dirigir la última parte de la impresión. La obra se llamó *La Isla de los Cánticos*. Poco antes que ella salió a la luz una *Selección de Poesías fraudulenta*.

## II

¡*La Isla de los Cánticos!* María Eugenia Vaz Ferreira había antes pensado titular su obra *Las Islas de Oro*; yo le recordé los títulos de Leopoldo Lugones y Juho Herrera y Reissig, *Las Montañas del Oro* y *Las Lunas de Oro*, — «Es mucho oro para el Río de la Plata», le dije, y ella, riéndose como siempre, con carcajadas rápidas que le sonaban en lo más interno de la garganta y parecían ahogarla, exclamó: — «A la

verdad!» ¿Por qué retuvo para el nombre del libro esa idea de isla? ¿Qué afinidad secreta hallaba entre su canto y la separación, el aislamiento o la soledad? Es que lo mejor de su poesía está hecho con lo más íntimo de su alma, y esto fue para ella algo recatado y misterioso, tan suyo, tan propio que no tenía punto ninguno de contacto con los hombres y las cosas. Era una isla efectivamente, una isla de luz, de claridad, de oro, la isla de su exaltación y de sus cánticos.

Para María Eugenia Vaz Ferreira el placer estético sólo se da en la suprema exaltación del espíritu, y, por lo mismo, tiene mucho de transporte y de éxtasis. Jamás adopta ella la actitud serena de la pura contemplación, del goce tranquilo. Sus temas exteriores son la belleza, la armonía, la palabra y el canto, y con ellos se enardece en vivísimo entusiasmo; pero cuando vuelve sobre sí misma, sufre y llora la amargura de la vida inútil; y así, dividida en sentimientos contrarios, o bien se entrega al ardor que la arrebatara fervorosa y trémula o bien se abate aniquilada, ante el ideal inasequible, con la postración de la impotencia, y un deseo de acabamiento y de muerte.

Toda su gran poesía es un clamor ansioso que se pierde en el vacío, una irrealizable aspiración sublime de grandezza, quebrantada en el convencimiento de su inanidad. Brota de su corazón desesperado y ávido, y canta el deseo trágico de lo imposible. Nada es preciso y limitado en ella. No está hecha para los sentidos, que viven prisioneros de la realidad, sino para el alma ajena al mundo. Tiene la vaguedad inabarcable, pero potente, de la música alucinadora. Hay en ella un soplo de tempestad wagneriana que arrasa toda ilusión y todo consuelo sobre el haz de la tierra.

Recordad a Brunequilda: un movimiento de piedad



La ha condenado a perder su privilegio divino de walquiria en la condición de hembra humana; espantada con el horror de esa deshonra, logra, como suprema gracia, que un cerco de llamas la envuelva en el sueño y la defienda así contra la osadía de los hombres cobardes, hasta que el héroe que no conoce el miedo la despierta de su letargo y desfallece por primera vez en la admiración de su hermosura. La walquiria deja de serlo para convertirse en mujer. — «¡Ya no soy más que una triste mujer!» exclama ante Sigfrido; pero en su nuevo destino siente su pecho colmado por una dicha nueva y se dice: «¡El esplendor del sol brilla sobre mi zozobra!» María Eugenia Vaz Ferreira, al contrario, se despoja de todo sentimiento femenino, con sobrehumano aliento, y en esa resolución heroica sacrifica, al orgullo que la ennoblece, toda otra felicidad, todo otro consuelo.

¿Qué fuerza la mueve? ¿A qué intento se consagra? ¿Qué va a hacer de su vida? ¡Vanas preguntas, que no tienen respuesta! Ella misma no hubiera sabido contestarlas. Todo lo que ella sabe y dice es que no acepta el yugo de la común esclavitud que la sociedad impone a sus miembros sumisos, porque no está hecha para doblar la frente y dejarse atar los brazos a la espalda. Quiere a lo menos recibir la fuerte caricia de los vientos libres en la cara y levantar los ojos y las manos a las alturas inaccesibles, a lo infinito. Quiere sentirse libre: eso es todo, y lo demás no importa.

Sin embargo la necesaria libertad no le basta: sola, ella es el vacío. María Eugenia Vaz Ferreira se aisló espiritualmente en una atmósfera asfixiante. A los dieciocho años decía con su gracia burlona que no podía hacer versos porque ni conocía el amor ni había sufrido ningún desengaño ni estaba nunca triste ni

la patria la inspiraba. ¿Qué la inspirará después? ¿La naturaleza, la humanidad, la religión, el sueño?

Su canto de amor parece un desafío soberbio a la indignidad oprobiosa de los hombres. No concibe siquiera más idea del amor que el triunfal imperio de una majestad omnímoda. En vano se adelanta al héroe que no ha de llegar nunca; en vano evoca su presencia avasalladora, con exultante alegría:

Yo quiero un vencedor de toda cosa,  
Invulnerable, universal, sapiente,  
Inaccesible y único.

(*Heroica*).

Su pecho magnánimo de «fémina rebelde», guardará sólo, como urna funeraria, las cenizas muertas del maravilloso fuego consumido estérilmente. Para ella no podía el amor ser más que admiración; su única voluptuosidad hubiera sido la embriaguez del triunfo y de la gloria compartidos, y ve a los hombres mezquinos en la sumisión servil de la vida sin ideal y sin grandeza. La voz honda y grave de María Eugenia Vaz Ferreira no sonará en el coro de las poetisas que celebran, roncadas de pasión o ligeras y perversas, los placeres de la sensualidad y sus pasmos y fatigas. Ella opondrá el orgullo de la amazona «invicta» a la indolencia impúdica y a la feminidad procaz. Frente a Delmira De Agustini que decía: «Tendida soy un surco ardiente» y ofendía a las mujeres castas con su piedad insultante y desdeñosa, ella, austera y noble, implora a la muerte

Con la ofrenda vital inmaculada

(*El regreso*).

A falta de un grande amor humano, le queda el respeto de sí misma, y no necesita más para sobrellevar dignamente las cargas y tribulaciones de la existencia, aunque sea demasiado poco para hacer una felicidad. Sin claudicar jamás, sin haber gustado «la carne de la vida»<sup>1</sup>, sufrirá la «tristeza gloriosa»<sup>2</sup> de su abnegación irrevocable. Sustrae su espíritu a la dominación de lo vulgar, y denodadamente se consagra al culto de la belleza; no puede, sin embargo, evadirse del mundo, y todo la hiere y lastima en la sociedad que no se aviene a su carácter y sus exigencias. Por eso dice:

...mis torpes brazos rastrean en la sombra  
Con la desolación de una esperanza ciega.

*(La estrella misteriosa).*

...los ojos míos  
Saben vivir en lontananzas huecas

*(El ataúd flotante).*

La bárbara pasión orquestal de Ricardo Wagner sacude su pecho con tumulto desenfrenado y caótico. No se le exija que razone con pensamiento lúcido; no se le ofrezca el sosiego dulce de una existencia fácil. Nada puede contentarla; nada puede contenerla: es un corazón desencadenado.

No conoció el amor, como ella decía jugando cuando lo esperaba aún; pero siempre estuvo triste, a pesar de sus locas alegrías pasajeras, y toda su vida fue un largo desencanto incomportable. De la vida no cantó más que su desengaño mortal; pero también cantó el

---

1 *Las quimeras.*

2 *Emoción pantelista.*

canto, la poesía de lo quimérico, la belleza, lo que no es realidad en el mundo sino para el alma que se lo crea.

Tiene María Eugenia Vaz Ferreira dos actitudes poéticas diferentes, de apariencia contraria, que provienen, sin embargo, de una misma posición espiritual: una es la queja, la expresión del sufrimiento, que mira a la vida y es como la cara de ella; otra es la exaltación lírica, apasionada, entusiasta, que se eleva y confunde en lo ideal. Nacen las dos, aunque diverjan radicalmente en su orientación, del mismo descontento profundo, extremo, de toda realidad inmediata. Si bien las dos se mezclan y compenetran constantemente en su obra, son los más claros paradigmas de cada una la *Oda a la Belleza* y *El regreso*.

No se busque en la *Oda a la Belleza* una concepción de ésta, un ideal definido, una imagen precípua. Ella es para María Eugenia Vaz Ferreira «absolutamente pura», «inviolada, límpida, firme, sana e impoluta», «inaccesible», «pasiva y sola, sencilla y sobrehumana». «Crisol de místicas depuraciones», «oasis infinito», ella prodiga los «éxtasis beatos» y las «contemplaciones románticas». Por sobre todas las cosas, todos los hechos y todas las ideas, ella se levanta «religiosamente». Hay en la oda un movimiento ascendente de liberación que toca apenas la tierra para afirmar el impulso del vuelo a una atmósfera vaga, serena, de arrobos y deliquio. La belleza que en ella se canta, aunque se le atribuyan formas y colores, aunque se la enaltezca sobre pedestales y se le ilumine con el sol y se la corone de lises, nada tiene de plástico y material. No es de nuestro mundo su reino, y su función consiste esencialmente en arrancarnos al suelo y disolvernos en «divina complacencia». Más que de ninguna otro arte, parecen de

la gran música sentimental y fantástica los efectos que se le señalan. El sentimiento desbordante y muelle sin objeto vital es, en conclusión, la fuente de las delicias extáticas y confusas que María Eugenia Vaz Ferreira pide a la poesía.

Ella despierta, como en resurrección, de su apatía, al influjo de las «palabras fantásticas» y en éstas disipa la «nebulosa trágica del tedio» (*Resurrección*); ella se arroba en las «perspectivas deslumbrantes» de lo quimérico (*Las quimeras*); la «sacra armonía inmaculada» la sume en trance «místico y glorioso» y la mece con las «olas de un mar en inquietud perpetua» (*Sacra armonía*); el canto es para ella una «ánfora musical y lírica», «inagotable para la ilusión», que la embriaga con «revelaciones y quimeras» y viste de «estelas fulgurantes la nebulosa noche de sus piélagos» (*Canto verbal*).

Fuera de ese estado feliz de arrebató espiritual, todo se le hace pesadumbre y hastío. Nada quiere, nada acepta en sus versos, de lo que es ordinario y corriente. Para ella sólo existe, sólo merece atención entre cuanto existe, lo excepcional, lo grande, lo sublime.

Es natural que, obligada a vivir, como todos, en las ineludibles limitaciones de una posición social regida por costumbres y principios rígidos, se le haya convertido la propia existencia en carga pesada y miserable. De ahí, la desoladora lamentación de sus poesías más personales. No gime en ellas ningún bien perdido, ninguna desgracia particular, sino el omnímódo mal de sentirse vivir insatisfecha. Es probable que el ejemplo de Rubén Darío en su poesía más personal de los *Cantos de Vida y Esperanza*, con la queja angustiosa de su desolación íntima, haya determinado en gran

parte la inspiración de María Eugenia Vaz Ferreira en este punto. La atormenta su alma ungida

Con sedes y ambiciones sobrehumanas,  
Con deseos profundos e imposibles.

(*Las quimeras*).

Se le ha muerto la esperanza y la despide

Hasta que, junto a tí, también tendida,  
Nos abracemos como hermanas buenas  
Y, otra vez enlazadas, nos durmamos  
En el sepulcro vivo de la tierra.

(*El ataúd flotante*).

Sólo quisiera «irse sin cesar» (*Liberatoria*) o dormirse en el sueño inacabable (*Beatitud*). La noche la fascina y atrae con su quietud «suave y misteriosa»; la quiere sin astros y sin vientos, silenciosa y negra, para hundir y ahogar en ella sus angustias trágicas; la quiere sobre todo eterna:

¡Oh noche embriagadora,  
Hecha de soledad y de desesperanza...

Te espero día a día  
Para esconder mis horas en la paz de tu lápida...

Tu voz dice en silencio tu eternidad futura...

...a mí, que te deseo inextinguible y única,  
Dame la eternidad de tu silencio, ¡oh Hermanal

(*Invocación*).

Su último deseo es el aniquilamiento de la muerte definitiva y total,

Sin clave y sin fulgor de redenciones.

Ya no es ella misma más que «un perpetuo afán contradictorio», «una estatua de carne», que sólo vive en «sacro dolor», sin voluntad y sin camino,

Triste de orgullos arduos e infecundos..

Con la quietud serena de la sombra  
Y el trágico fulgor de las borrascas;

y se ofrece a la tierra, con las tribulaciones de su grande alma insatisfecha y desencantada, para descansar la atroz fatiga de su vida inútil para ella.

Su obra es entera y eminentemente lírica, de un lirismo hondo y trágico por la emoción dolorosa, y, a la vez, oscuro, misterioso, vago, por la naturaleza de los temas que lo inspiran.

### III

No hay en ella propiamente composición ni desarrollo lógico: sus poesías, breves y desarregladas, expresan vivamente, con agitación irreprimible, una impresión única y anonadante. Acaso la *Oda a la Belleza* constituya la sola excepción del libro, entre sus buenas páginas, a ese tipo general, por cierto aire de serena majestad que regula el ritmo de sus movimientos y se extiende pausadamente en los amplios versos finales de cada estrofa.

La mejor producción de María Eugenia Vaz Ferreira está hecha en formas fáciles y descuidadas. Ningún soneto de ella es extraordinario; ninguna compo-

sición de estrofa regular y rima perfecta vale gran cosa. El endecasílabo asonantado con asonancia vulgar<sup>3</sup>; las combinaciones disimétricas, libres, del alejandrino, el endecasílabo y el eptasílabo<sup>4</sup>, o de estos dos últimos<sup>5</sup>, con asonancia dispuesta sin norma fija ni principio regulador<sup>6</sup>, o sin rima<sup>7</sup> se prestan más cómodamente al impulso que informa esta poesía. María Eugenia Vaz Ferreira ha aprovechado las licencias introducidas en la versificación por Rubén Darío con sus *Cantos de Vida y Esperanza*; de él ha aprendido a atenuar y hasta omitir algún acento necesario, a romper la medida regular del verso en la composición con otros excepcionales, más cortos o más largos, y a mezclar alejandrinos y endecasílabos; pero no debe parangonarse con el señorío prodigioso del artifice magistral sobre la palabra y el ritmo, la desvalida arbitrariedad o la insuficiencia de la poetisa. En los versos de María Eugenia Vaz Ferreira, como en su misma persona, poco o nada importa lo exterior, la vestidura, la vestimenta. Lo que interesa con importancia no sólo principal, sino exclusiva, es el espíritu, la entraña sangrante que palpita y sufre con vibración de herida mortal.

¿Cómo detenerse a apreciar singularidades y vulgaridades en la expresión de esta poesía que es el grito de una alma? María Eugenia Vaz Ferreira fue indisputablemente grande por su corazón de mujer atormenta-

---

3 *Resurrección*. - 4 *Hacia la noche*, *Invocación*, *Canto verbal*. - 5 *Las quimeras*, *Sacra armonía*, *Oda a la Belleza*, *Tu rosa y mi corazón*, *Heroica*, *El regreso*. - 6 Las citadas notas y 4 y 5 menos *Tu rosa y mi corazón*. - 7 *Tu rosa y mi corazón*.



da y fuerte, y su obra, la mejor parte de su obra, es ella misma, sin compostura y sin adornos superfluos <sup>8</sup>.

Su pensamiento y su verso tienen la misma despreocupación soberbia de todo lo accidental y secundario que ella mostró en su vida. Nada más inadecuado y sorprendente que ciertas genialidades o incongruencias suyas, como quiera llamárselas. Lo que en ella choca más no es tanto lo raro como lo que, junto a lo raro, es simplemente inferior o apenas mediocre. Rara es la imagen de la noche inmensa «replegada como palma antigua sobre el gran desierto» cuando la vence el día con su claridad arrasadora <sup>9</sup>; pero ¿qué es la caricia «inmortal» de la misma noche, que se contrapone al «corazón del día», a las «rosas purpúrnas» y al «vaivén de los mares»? <sup>10</sup>. Sólo María Eugenia Vaz Ferreira ha podido entretener su angustia en la invención pueril y estrafalaria del navegante indiferente seguido por una estrella de mar <sup>11</sup>; sólo ella ha podido consentir en sus mejores versos los más garrafales errores de concordancia <sup>12</sup> y de sentido <sup>13</sup>. Es lamentable que no haya querido ser un poco más atenta en su labor; descuidó fácilmente cuanto no llegaba a entusiasmarla o seducirla; no supo o no pudo ser medida y minuciosa. Abandonaba los detalles de la ejecución, absorta en la transcendencia de la idea. Sus

---

8 Su obra es ella misma. Dije, en artículo publicado a raíz de la muerte de María Eugenia Vaz Ferreira, que su obra no se le parecía. No estaba entonces recogida en libro su mejor producción; me refería, pues, a las composiciones de ella que precisamente no menciono ahora. Y todavía ha de tenerse en cuenta que en los versos de la poetisa no se refleja más que su intimidad solitaria y antisocial. Lo que era ella en el trato de la gente permanece completamente ajeno a su obra.

9 *Hacia la noche*. - 10 *Sólo tú* 11 *El cazador y la estrella*. - 12 «Dale a los benedictos», de *Invocación*. - 13 Deponer las rodillas, en *Heróica*, etc.

irregularidades no son todas voluntarias; provienen más de negligencia que de capricho; no todo es en ella porque ella lo quiso; pero así era ella, y así hay que recibir su obra.

## IV

A pesar de todos sus desarreglos de fondo y forma, se la ha llamado constantemente parnasiana. Hay quien ha dicho que no tuvo la frialdad impasible de la escuela y quien ha dicho que la escuela no fue impasible ni fría, sino vívida y ardorosa, y dominada por el celo de una forma serena de perfección insuperable, como la poetisa. Hubo un tiempo en que ella se proponía titular su libro futuro con la denominación doble de *Mármol y Fuego*. Todos sus comentadores hallaron, como Dios cuando en el paraíso Adán llamaba a las aves del cielo y a las bestias de la tierra con las palabras que deberían designarlas, que la poetisa estuvo feliz en esa elección del nombre. Todos han opinado que el mármol simboliza la pulcritud noble del trabajo consumado, y el fuego la pasión entusiasta y sublime. Confieso que nunca me gustó ese título y que no sé descubrir en María Eugenia Vaz Ferreira nada, nada absolutamente, del parnasianismo. El título *Mármol y Fuego* me parece artificial: él junta, pero no asocia, no compenetra, sus dos elementos dispares. Pienso por contraste en aquel símbolo precioso con que Gabriel D'Annunzio representaba el espíritu lúcido y sensual de Venecia en el Otoño, con una llama ardiente en la frescura del agua.

Es probable que la admiración vivísima de María Eugenia Vaz Ferreira por los parnasianos haya indu-

cido, más que su misma obra, a clasificarla dentro de esa escuela. Una vez la oí decir con la arrogancia propia de su carácter intempestivo: «Si yo no fuese la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia». Nada más contrario, sin embargo, a su manera que la poesía de Heredia, objetiva y tranquila, rica de estudio y trabajada con arte supremo. En la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira no se da jamás, no ya la sumisión a la realidad, ni siquiera el contacto con ella. Ella no se acomoda nunca a un motivo exterior; antes al contrario, es como la protesta del espíritu herido por cuanto lo rodea, que se recoge en sí mismo o se levanta, desdeñoso de la tierra y de los hombres, en alas de una arbitraria voluntad de exaltación quimérica. Sólo anhela para las cosas del mundo la paz del olvido, y, a pesar de esto, no es serena. Su canto grita con altivez la soledad orgullosa de su alma rebelde.

Intima y agitada, extraña al parnasianismo por el fondo subjetivo de su poesía, María Eugenia Vaz Ferreira fue también por la forma de sus producciones, lo más opuesta posible a esa escuela. Ningún verso más irregular o más libre y caprichoso, si así se prefiere, que el suyo. Hizo del ritmo y de la rima, sin romper con los principios tradicionales de la métrica, ni ultrapasarse las libertades más juiciosas que Rubén Darío se tomó en los *Cantos de la Vida y Esperanza*, lo que su antojo del momento quería. Lejos de amoldar su lenguaje a las exigencias del estilo poético o de un gusto difícil, lo descuidó, hasta con los errores y licencias más groseros del vulgo, siempre que no la retuvo el intento de lograr una expresión propia y personalísima.

Nada se advierte en ella de los parnasianos, ni el

pensamiento claro, ni la imagen plástica y precisa, ni la objetividad plena, ni el interés arqueológico y erudito, ni el dominio de sí, ni el celo de una forma exacta y equilibrada. Los poetas parnasianos describen y alguna vez narran: se dice de ellos que pintan y modelan o esculpen. María Eugenia Vaz Ferreira no tiene, en lo mejor de su obra, un solo cuadro ni una sola escena.

Su modo en la poesía es el canto que invoca o evoca: ella canta su pasión con fervoroso arrebató, y lo mismo la depresión que el entusiasmo le arrancan el alma a los sentidos. Se la ha llamado cerebral tal vez a falta de otra palabra que exprese de mejor manera su desprendimiento de toda impresión física, esa especie de suspensión de los sentidos en que su espíritu se exalta. Su expresión más típica y genuina es la que pierde el pensamiento en la indeterminación de algo vago e inabarcable, como los más entre sus versos transcritos en estas páginas.

«Si yo no fuese la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia». ¡Palabra ambiciosa y justa! Nada importa lo que valga la producción de María Eugenia Vaz Ferreira comparada con *Les Trophées* sin par. María Eugenia Vaz Ferreira, fiel a su idiosincrasia, no podía realizar sinceramente sino lo que sinceramente ha escrito. La poesía que ella admiraba sobre todas las demás en los otros poetas, por lo mismo que era ajena, aunque admirable, no podía ser suya. Ella estaba contenta con su obra<sup>14</sup>, y

14 ¿Estaba realmente contenta con su obra? Parece indicar lo contrario el abandono que hizo de la mayor parte de su producción cuando escogió las contadas poesías que deberían formar su único libro. Su hermano, el Dr. Carlos Vaz Ferreira, cuenta, en la hoja suelta incluida entre las páginas de *La Isla de los Cánticos*, cómo rechazaba la poetisa algunas

tenía en esta satisfacción la más alta recompensa que puede alcanzar el trabajo de los hombres en la tierra.

Ella dijo en la *Oda a la Belleza*:

Entre la suficiencia que te alaba  
Y la interpretación que te traiciona,  
Tú te levantas religiosamente.

Yo quisiera que estas páginas, que no pretenden alabar a la poetisa como ella se merece, ni interpretar su obra preclara, tuviesen a lo menos la virtud de evocar en el lector una sombra siquiera de su espíritu y de su genialidad.

Mayo de 1925.

---

de sus composiciones sólo porque no había sido bien recibida o comprendida. Sin embargo, más que la opinión ajena, debió de ser el genio inquieto de la autora la causa principal de su repudio. Probablemente eran igualmente fáciles en ella el contento para lo que hacía y el descontento para lo que tenía hecho de antes. Quien la haya oído hablar de sus versos no pondrá en duda que estaba orgullosa de ellos.